

El vestido verde

La Semana Santa en el pueblo transcurría con el ritmo pausado de cada año. El Jueves Santo comenzó con la visita al Monumento, siguió con los oficios de la tarde y terminó con la procesión. El Viernes más o menos lo mismo, aderezado con el potaje de la abuela y las primeras caras de aburrimiento de mis primos mayores. Otra procesión nocturna, de la que los más pequeños intentamos escaquearnos sin conseguirlo, porque, como dijo mi madre, “solo por no soportar a tu abuela, lo que sea”. El Sábado Santo la cosa se relajó un poco. Al menos por la mañana fuimos a Villamarta de compras, aunque por la tarde no pudimos salir de casa porque estábamos de luto, según, claro está, la abuela. El domingo ya fue diferente y aquel año incluso amaneció soleado, lo que contribuyó a elevar el ánimo. Desayunamos chocolate del que el abuelo reservaba para las ocasiones especiales y hasta la perspectiva de la misa no nos pareció tan terrible. Llegamos todos los primos juntos, en pelotón, detrás de nuestros padres. La abuela ya llevaba rato en la iglesia, porque formaba parte del coro y tenía que preparar los cánticos y el abuelo, como siempre, se buscó una excusa para quedarse en casa, aunque esta vez tenía más disculpa: alguien tenía que estar pendiente del cordero que se asaba desde temprano en el horno de leña.

Cuando la iglesia ya bullía con todas las familias reunidas comentando lo bueno que hacía y el viaje que muchas emprenderían por la tarde de regreso a sus ciudades, una figura recorrió con prisa el pasillo central hasta llegar al banco del coro. Era la tía Catalina, la hermana del abuelo. Secándose la cara con un pañuelo, ocupó su lugar y, sonriente, abrió el libro de cánticos. Pero hasta yo, que solía tener la cabeza a pájaros, me di cuenta del silencio que se había hecho a su paso y de la expresión del resto de mujeres del coro: una mezcla de terror e indignación.

El cura salió en ese mismo momento de la sacristía y dio comienzo la misa. Mi madre y mis tías se miraban entre sí con caras de sorpresa, mis primos bostezaban sin reparo y yo me entretenía mirando a la abuela, a la que veía a punto de explotar sin saber por qué. La tía Catalina cantaba con alegría, vestida de verde claro, con sus eternas mejillas sonrosadas y los ojos azules, tan parecidos a los del abuelo, serenos y tranquilos.

Cuando la misa terminó, la abuela salió disparada del banco del coro sin despedirse ni hablar con nadie. Intenté preguntar a mi madre qué pasaba, pero me llevé un pescozón y me vi arrastrada hacia el bar para tomar el aperitivo. No obstante, ya se sabe cuál es la suerte de los pequeños de la familia: sin haber podido dar ni un sorbo a mi Fanta naranja, mi padre me dijo que me acercara a casa y que le preguntara al abuelo cuánto le quedaba al cordero y a qué hora iba bien que fuéramos a comer.

Al llegar a casa de los abuelos nadie me oyó entrar. La cocina quedaba al final de un largo pasillo y además había dos puertas intermedias que se cerraban para evitar corrientes. No sé por qué me quedé escuchando detrás de la última de esas puertas, pero algo me dijo que era mejor no interrumpir la conversación que tenía lugar en aquel mismo momento.

- “Tienes que decirle algo”, decía indignada la abuela, justo cuando yo abría la puerta.
- “Lo que tú digas...”, murmuró el abuelo, agachado frente al horno.
- “Pepe, por Dios bendito, nos ha puesto en evidencia a todos... ¿Cómo se le ocurre, cómo? ¿Qué dirá la gente? Es tu hermana, tienes que decirle algo... Por Dios, que hace un mes, ¡un mes!, que se quedó viuda... No me digas que te parece normal, vestida así, en día de precepto, en la Pascua florida...”
- “Ni normal ni no normal... Que haga lo que quiera”. Para mí abuelo desde luego era más interesante la evolución del dorado del cordero que la perorata de mi abuela.
- ¡Pepe, por Dios!

El abuelo se incorporó al fin y mirando con fijeza a la abuela, suspiró. “Mira, Elvira, tú sabes tan bien como yo y tan bien como el resto del pueblo por qué Catalina ha actuado así. Y no le voy a decir nada, te parezca bien o mal. Es mi hermana y si quiere vestirse de verde en vez de llevar un luto que no siente, me parece perfecto. Ah, y por cierto, se me había olvidado comentarte que el otro día me dijo que no quiere que la entierren con Eladio”.

“¿Que no quiere... Qué?” Mi abuela estaba al borde del síncope y yo, debo confesar, esperaba que en cualquier momento se tirara al suelo y pataleara.

“Lo que has oído. Prefiere que la entierren en la tumba de nuestros padres y hermanos. Los hijos ya lo saben, pero por si acaso quiere que los demás lo tengamos claro. ¿Entendido?”

“Está loca, ¡loca por completo!”. La abuela se sentó y comenzó a abanicarse con el libro de los cantos de misa, que en sus prisas por salir de la iglesia se había llevado con ella.

“No, no lo está, y lo sabes. ¿O tengo que recordarte las noches en las que la tuvimos que acoger en casa después de alguna de las palizas de ese malnacido? ¿Las veces que vino a pedirnos algo de comer para los muchachos? ¿Y quieres, de verdad, que finja una pena que no siente después de haber vivido 40 años apaleada y muerta de miedo? Bastante rabia tengo yo por no haber podido hacer más de lo que hice, pero las cosas eran como eran, así que si ahora quiere rebelarse no seré yo quien diga nada”.

La abuela no estaba acostumbrada a que el abuelo le llevara la contraria, así que, roja como un tomate, murmuró un último “loca, loca, está loca y tú, ¡tú más!” y se marchó hacia el corral, supongo que para airear un poco el sofoco. Entonces el abuelo se volvió hacia la puerta y dijo: “maja, que he visto, anda, pasa...”

Con los ojos muy abiertos entré en la cocina y, tragando saliva, cumplí con mi misión: preguntar por el cordero. El abuelo me miró distraído, y me respondió que en una media hora estaría, así que ya podía decirle a los “pesados” de sus hijos que dejaran los vinos del aperitivo y fueran puntuales. Yo asentí y cuando me disponía a recorrer otra vez el pasillo hasta la salida, el abuelo me llamó.

- “Maja, en lo que vas al bar, llégate donde la tía Catalina y le dices que la esperamos a comer, que ya que sus hijos no han venido, no va a pasar sola la Pascua, que hay cordero de sobra... Ah, y le dices también que lleva un vestido muy bonito, que seguro que le gusta oírlo.”

Y, echando una mirada rápida hacia el corral, me guiñó un ojo y me sonrió.

Lía Salmoral